Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2008)
Heft: 11

Artikel: Elena Martín Vivaldi reescribe a Ronsard
Autor: Sánchez Trigueros, Antonio
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-1047353

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 12.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Elena Martín Vivaldi reescribe a Ronsard

Antonio Sánchez Trigueros *Universidad de Granada*

Elena –humanidad y ternura con oportunas gotas de amable ironía– llenó con su cálida voz lírica cincuenta años de poesía granadina, en la que se revela como el verdadero eslabón con Federico García Lorca. Elena siempre fue muy querida por las distintas generaciones literarias de la historia reciente de la ciudad del Darro, y muy en concreto constantemente provocaba rendidas admiraciones entre los poetas más jóvenes, que al nombrarla, después de ser oídos por ella con atención y cariño, fueron fundando su maternidad poética, su *materia de esperanza*, una auténtica estela filial de la mejor poesía.

Elena Martín Vivaldi, al tiempo que se limitó a contemplar desde lejos las tendencias y los cambios literarios de su tiempo, fue siempre fiel al camino marcado en su siglo por la mejor poesía española anterior a la suya, con Juan Ramón Jiménez siempre en el horizonte; de esta forma, impasible, construyó una obra sin concesiones, personalísima, sólo fiel a sí misma, enraizada en una manera romántica de verse y ver el mundo, en la que la omnipresente naturaleza fue siempre utilizada como caja de resonancias iluminada por sus sentimientos más profundos. Es la suya una poesía que hace vibrar la intimidad del lector, sobre el que consigue proyectar de mil formas distintas sus sentidas vivencias interiores: nostalgias, quejas, melancolías, tristezas, soledades y esperanzas, a través de una palabra poética siempre contenida que, apelando a las propias experiencias de su corazón lastimado, roza los tonos dramáticos pero sin desembocar nunca en ellos. Jorge Guillén lo expresó mejor que nadie en pocas

© *Boletín Hispánico Helvético*, volumen 11 (primavera 2008).

palabras: «Los versos [de Elena], firmes con sus palabras justas, excluyen todo sentimentalismo retórico».

Su estremecedora calidad fue más que reconocida en el mundo literario. Desde *Escalera de luna* (Granada, 1945) su primer libro, hasta la antología *Las ventanas iluminadas* (Madrid, 1997) o sus últimos poemas publicados en vida (por ejemplo, «Consumación», dedicado a Carlos Bousoño, es un completo milagro poético), sus libros iban ganando lectores, una alta valoración de la crítica, la obligada presencia en antologías del ámbito hispánico y apariciones en colecciones tan prestigiosas como «Ínsula», «El Bardo» e «Hiperión». En su fecunda y dilatada trayectoria –quizá su poesía lírica es la más pura de toda nuestra literatura contemporánea más reciente– sus versos fueron desvelando sus *cumplidas soledades* y frustradas esperanzas a través de un lirismo, *fuente de su sentir*, que buscaba el otoño, la lluvia, la primavera, los tonos amarillos, los árboles en flor, el ocaso o el mar, no para contemplarlos en éxtasis de nostalgia, sino para fundirse íntimamente con ellos en palabras palpitantes y traspasadas de un gozo o una tristeza estremecidos que *elenamente* manan con serenidad verso a verso, poema a poema y libro a libro. Con ellos consiguió Elena Martín Vivaldi una poesía de ayer, de hoy, de siempre y para siempre.

Cuando se habla de valores literarios hay quien sigue hablando de poetas, vistos en el conjunto de su obra; otros sentencian: no hay poetas, hay libros (Rubén Darío *dixit*); pero en esta relación de juicios restrictivos no faltan los lectores y críticos que, dando un paso más, prefieren afirmar: no hay libros, hay poemas. A este propósito el caso de Elena Martín Vivaldi se nos revela como el de quien, con su clara y atenta conciencia depuradora, responde muy positivamente a las tres valoraciones: su obra poética completa forma un todo de valor absoluto, cada uno de sus libros gozan por sí mismos de un valor contrastado y, finalmente, no encontramos en su obra poemas prescindibles: Elena es poeta por el conjunto de su lírica, Elena es poeta por cada uno de sus libros y Elena es poeta por cada uno de sus poemas. Por eso, más allá de su obra poética recogida en volúmenes, encontramos en Elena perlas sueltas en verso, rincones fascinantes de poesía, sorpresas literarias de mucho valor. Es el caso, por ejemplo, del soneto «Reverso», que, inédito hasta entonces, en 1994 publicó la Fundación Rodríguez-Acosta, de Granada, como cierre de la pequeña antología editada con motivo de la concesión de su Medalla de Honor a la poeta granadina. El poema en cuestión, que ha sido recogido después en varias antologías, dice así:

Cuando yo sea la anciana que cantara
Ronsard, en sus «Sonetos para Elena»,
evocaré los días en que plena
de una ilusión mi alma se colmara.

Sentada junto al fuego –¡oh luz más clara!–,
reviviré el dolor y aquella pena
que un amor desleal y su cadena
en imposible lazo nos atara.

Irá la noche entrando en mi aposento,
roja la llama danzará en la sombra,
dando a mis ojos una luz mentida,

y escucharé una voz que con tu acento,
urgiéndome, dirá, mientras me nombra:
«Coge, hoy mismo, las rosas de la vida.»

La composición ofrece al menos dos focos de interés. En primer lugar, por estar construida a partir de un célebre soneto del poeta francés del siglo XVI Pierre Ronsard: exactamente el núm. 77 del segundo libro de los dedicados a su amada Helena. De él la poeta granadina incluye en su poema varias huellas: el nombre del poeta, su libro más conocido, la anciana en escena, su lamentación, el fuego del hogar, la voz que la nombra y, en traducción literal, el verso con el que concluyen los dos poemas, sin olvidar además que como encabezamiento llevaba inscrito el verso núm. 11 del soneto francés: «vous serez au foyer une vieille accroupie» (serás junto al hogar una vieja encorvada). La referencia no consiste sólo, pues, en una cita precisa, sino que la relación entre los dos poemas forma tal entretejido que no se puede entender el segundo sin tener presente el primero, sobre todo porque el texto de Elena no trata sencillamente de traducirlo o comentarlo, ni de introducirse en su espacio narrativo, ni de recrearlo linealmente, sino de partir de él para darle la vuelta e, incluso más allá de ofrecer su «reverso» femenino, apropiarse de él para traerlo a su situación y transformarlo, o, más todavía, invertir su sentido.

Lo que en la voz poética del soneto de Ronsard era evocación de una estampa del futuro para persuadir a Helena de que no desdeñara su amor en el presente, en el soneto de Elena es autoevocación de una escena también futura, pero en la que revivirá un instante de ilusión, el dolor de un desengaño amoroso y una voz (¿la del amor desleal?) que la incitará a aprovechar lo mejor de la vida («carpe diem», «collige, virgo, rosas») todavía en ese momento

de la ancianidad, ¿o quizás esa voz no es sino una evocación sarcástica en la vejez futura de una apelación urgente del pasado, que en el tiempo del soneto va referida al presente? Sin duda el juego de los tiempos es en el texto de Elena más complejo, más plurisignificativo y por tanto más enriquecedor. Y no considero desdeñable señalar que uno de los polos de atracción del poema está en la indudable referencia autobiográfica que contiene: es el «ascua de veras» con la que el soneto trasciende el puro ejercicio de brillante homenaje literario. Reproduzco ahora el soneto de Ronsard:

Quand vous serez bien vieille, au soir, à la chandelle,
assise auprès du feu, dévidant et filant,
direz, chantant mes vers, en vous émerveillant:
«Ronsard me célébrait du temps que j'étais belle!»

Lors, vous n'aurez servante oyant telle nouvelle,
déjà sous le labeur à demi sommeillant,
qui au bruit de Ronsard ne s'aille réveillant,
bénissant votre nom de louange immortelle.

Je serai sous la terre, et, fantôme sans os,
par les ombres myrteux je prendrai mon repos;
vous serez au foyer une vieille accroupie,

regrettant mon amour et votre fier dédain.
Vivez, si m'en croyez, n'attendez à demain,
cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie.

Como es más que sabido, el soneto de Ronsard, traducido muchas veces al español, es uno de los más claros ejemplos del tema clásico del «carpe diem», pero sobre esto presentaba en su momento al menos dos novedades importantes: estamos ante una escena narrativa, construida en perspectiva, porque aquí se nos está contando una historia con sus personajes, sus acciones, su ambiente y su escenografía (el fuego del hogar, la vieja amada, el canto de los versos, la criada, sueño y despertar, el trabajo de las dos mujeres, el propio poeta y su fantasma, la tumba, los mirtos); y la otra novedad es la afirmación de la victoria de la literatura sobre el paso del tiempo: más allá de la muerte pervivirán el poeta por sus versos y la amada por haber sido cantada por el poeta.

El segundo foco de interés del soneto de Elena Martín Vivaldi está en que nos permite introducirnos en el laboratorio poético de

la escritora, si lo comparamos con su primera redacción, datada en 1941 y publicada en reproducción manuscrita en Pliegos de *creación y crítica literaria* (núm. 1, invierno de 1983), un periódico literario, efímero donde los haya (sólo salieron los números cero y uno), que publicaba un grupo de alumnos de la Facultad de Letras de la Universidad de Granada; además el soneto iba engastado en un monográfico dedicado a Elena, que ocupaba las cuatro grandes páginas centrales de la publicación. Reproduzco esta primera, y remota, versión de «Reverso».

Cuando yo sea la anciana de Ronsard
y evoque del pasado mis amores
pensaré en ti que siempre de dolores
quiso en mi alma tu desdén sembrar.

Y cuando quiera mi ilusión llamar
hondos recuerdos, donde había temores
del ir por mi jardín mustio sin flores,
el sueño tuyo los hará encontrar.

Irá la noche en mi aposento entrando,
roja la llama danzará en la sombra
dando a mis ojos una luz mentida,

temblará el corazón mientras soñando,
oigo una voz que con tu voz me nombra
y ríe de mi pasión estremecida.

El primer problema que se plantea es que la corrección debió tener lugar entre 1983 y 1994, lo que quiere decir que el soneto definitivo se terminó cuando la autora había llegado ya a la ancianidad, o sea, al momento del futuro que evocaba en su juventud de 1941, lo que vuelve más complejo todavía el juego de los tiempos a que me refería antes; aunque tampoco podemos descartar versiones intermedias del texto. Me resisto a creer que, dadas las claras imperfecciones del soneto (muy evidentes en el tono general de los cuartetos y en las rimas: infinitivos, gerundios y ripios), Elena estuviera muy de acuerdo con que se diera a la luz, pero como la verdad es que se publicó, no voy a ser escrupuloso en este asunto ya que ello al menos me servirá para comparar los dos poemas y apreciar en relieve el final del trayecto. Al fin y al cabo la obra literaria es el resultado de un proceso, un proceso que suele ser largo, constante y meditado, lo que quiere decir que la poesía no

es ningún milagro, sino una materialidad hecha de esfuerzo, de trabajo, de mucha consciencia, aparte de todo lo que pueda haber, y hay, de elementos emergidos del inconsciente.

Por otra parte, la valiosa obra poética de Elena, que es la que en verdad la define, siempre estará ahí y nunca se verá ensombrecida por la investigación de los tanteos fallidos o búsquedas equivocadas. En este sentido se vuelve apasionadamente interesante entrar en el laboratorio literario de Elena Martín Vivaldi a través de esta muestra raramente conservada por la autora. Como se ve, de esta primera versión la poeta sólo salva dos versos completos (10 y 11), otros dos con variantes (1 y 9), una parte reducida del léxico (siete palabras), además da una orientación distinta al poema, elimina tópicos y ripios, construye una expresión más original, rica y ordenada en lo referente al desengaño amoroso, y cuenta con un número mayor de elementos procedentes del soneto de Ronsard. El diálogo de años entre los dos poetas fue finalmente fructífero: Elena se sintió llamada por el poeta francés y no pudo resistirse a contarle sus cuitas.